

TESTIGOS DE LA LUZ

*Darío Ernesto Jaen Navarro
Lucía Acosta Soto
Catequistas de la
Universidad Pontificia Bolivariana*

Nos encontramos hoy en un mundo en crisis de valores que hace saltar al horizonte una desesperada pregunta: ¿Hacia dónde vamos? Cuestionamiento que surge desde la base existencial que conforman los diversos aspectos configuradores de la realidad humana, entendida, en nuestro caso, como mundo relacional que construye historia.

La desintegración familiar, el miedo a los compromisos serios y definitivos, la polarización de fuerzas que ahondan aún más las divisiones de nuestras sociedades, las más variadas idolatrías que ya Juan XXIII hacía notar en su encíclica Mater et Magistra: "...los hombres se olvidan muchas veces de sí mismos en su conducta práctica, mientras admiran

sus propias obras hasta adorarlas como dioses: "Sus ídolos son plata y oro, obra de la mano" (1).

Sin ahondar en más detalles, todos somos capaces de entrever un panorama que podría desencadenar una crisis existencial marcada por el pesimismo que lleva a hombres y mujeres a la carrera imparable de la auto-mutua destrucción. Clima de angustia e incertidumbre que sirve a Juan Pablo II para enmarcar la misión de la catequesis actual: "Es en este mundo donde la catequesis debe ayudar a los cristianos a ser, para su gozo y para el servicio de todos, "luz" y "sal" (2).

Sin duda, pues, la fe y la esperanza cristianas son un baluarte que no pierde de vista el alcance ilimitado ejercido desde la caridad vivida por creyentes verdaderamente comprometidos en su misión de ser "sal de la tierra" (4). levadura en la masa, (4) testigos de la luz (5).

La catequesis, es decir, "la educación ordenada y progresiva de la fe, (6) tarea difícil en un mundo saturado de superinformación, indiferente religiosamente y pragmático, marcado por, la cada vez más creciente, ausencia de Dios. Hay que valorar, sin embargo, el enorme esfuerzo por descubrir y dotar a la catequesis de los más adecuados elementos pedagógico-metodológicos. Signo de ello es la gran cantidad de publicaciones al respecto y los innumerables cursos que en este sentido han emprendido nuestras iglesias locales; sin embargo, consideramos de suma urgencia un énfasis más profundo y decidido en uno de los elementos que conforman el sujeto de la catequesis, a saber, el catequista. Se impone la tarea

(1) JUAN XXIII. *Master et magistra*. (MM 244 -Sal 114,47)

(2) JUAN PABLO II. *Catechesi tradendae* (CT 9)

(3) Mt. 5,13

(4) Cfr. Mt. 13,33

(5) Cfr. Jn. 1,8

(6) TERCERA CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. Puebla (P 977)

de elevar el nivel de conciencia del catequista en cuanto a lo que implica para él, ser bautizado y confirmado, su vivencia comunitaria eclesial que le hace crecer en el amor potenciado por la reconciliación; fundamentado y llevado a expresiones óptimas en la Eucaristía. Es tratar de aportar a su "formación esmerada" (7) el reto de la madurez humanocristiana en orden a fortalecer su ser y misión de educar en la fe, buscar construir entre todos una cosmovisión cristiana, que ayude a integrar la misión de comunicar formativamente la fe, en el proyecto general de vida del agente de pastoral catequística.

La enseñanza ha sido siempre una mediación dialogal y comprensiva entre Dios y los hombres: "Yaveh, inspirador de Moisés y de los profetas... a través de ellos enseña... a los hombres el saber y la sabiduría dándoles a conocer sus caminos y su ley" (8). Esta actitud de enseñar se hace plena cuando Jesús la convierte en el aspecto esencial de su actividad en las sinagogas, en el templo, en las fiestas y en el diario vivir (9). Esa tarea es asumida en creciente responsabilidad por los apóstoles, quienes sobre todo, después de Pentecostés enseñan "en nombre del Jesús" (10). Pero no queda reducida, la mencionada tarea, al grupo de los doce; el Espíritu suscita carismas en las primeras comunidades cristianas (11) y, entre ellos, el de maestro; se trata de unos docentes que, junto a los apóstoles, ayudan en la evangelización: "los didáskoloi, catequistas encargados de fijar y desarrollar para las jóvenes comunidades el contenido del Evangelio" (12).

(7) CT 71

(8) BARUCQ, André y GRELOT, Pierre. Enseñar. In LEON DUFOUR, Xavier. Vocabulario de Teología Bíblica, Barcelona, Herder, 1982. p. 281. (Sal 25,9; 94,10ss)

(9) Idem. (Mt 4,23; Jn 6,59; Mt 21,23; Jn 7,14; 8,20; Mt 26,55)

(10) Ibid (Hch 4,18)

(11) 1 Co 12, 4-11

(12) BARUCQ, André y GRELOT, Pierre. Op. Cit., p. 282.

Enseñar, en el sentido que venimos plasmando, es considerado, ya en el Nuevo Testamento, una labor tan vital, que se le equipara a la paternidad. Es la primera carta a los Corintios la que nos presenta la siguiente expresión de Pablo: "Pues aunque hayáis tenido diez mil pedagogos en Cristo, no habéis tenido muchos padres. He sido yo quien, por el Evangelio, os engendré en Cristo Jesús (13). Ireneo, también nos testimonia en la misma línea: "Cuando una persona recibe la enseñanza de labios de otro, es llamado hijo de aquel que le instruye, y éste, a su vez, es llamado padre suyo (14). Este apelativo de padre era atribuido, en la antigüedad cristiana, a los obispos a quienes incumbe el oficio de enseñar (15) y siguen actualizando tal misión, pues "...han sido constituidos por el Espíritu Santo que les ha sido dado, verdadero y auténticos maestros de la fe" (16), por lo que se les invita a suscitar y mantener, en sus respectivas iglesias, la verdadera mística de la catequesis (17).

Es en torno a los obispos y desde ellos como la comunidad cristiana eclesial participa del mandato de enseñar. Es ahí donde encontramos la misión de la comunidad parroquial como lugar privilegiado de la educación en la fe, de la catequesis; lugar donde "los bautizados y confirmados toman conciencia de ser pueblo de Dios" (18). Es en el contexto de la comunidad eclesial donde el catequista recibe su ser y misión de educar en la fe en los diversos ambientes, ya sea, el desescolarizado, con la catequesis de

(13) 1 Co. 12, 4 - 11

(14) IRENEO Adversus Haereses. 4, 41,2. In .. QUASTEN, Johannes. Patrología I. Madrid, B.A.C., 1984. p. 11

(15) QUASTEN, Johannes. Op.Cit., p. 12

(16) CONCILIO VATICANO II. Decreto sobre el oficio pastoral de los Obispos, "Christus Dominus". (CD 2)

(17) CT 63

(18) Ibid. 67

la comunidad parroquial, o el escolarizado, que plantea unos retos cada vez más grandes, en lo que se refiere a educar en la fe a la juventud dentro de todo lo que significa la institucionalidad de la comunidad educativa y un, cada vez más exigente, diálogo fe-cultura.

Quizás no sea el momento de entrar a estudiar de manera directa los condicionamientos, favorables o desfavorables, que ofrecen una comunidad parroquial y/o una comunidad educativa al trabajo de catequizar; partamos, más bien, del hecho de que, como realidades ambas, con sus altos alcances y limitaciones, no dejan, sin embargo, de ser espacios propicios para la inserción de todo agente de pastoral catequística cualificado.

Sin pretender arrancar a la persona del catequista de las circunstancias que dan forma y cauce a su misión, es justo, pues, hacer un alto en su ser y misión en cuanto tal y es lo que, a continuación, nos proponemos, considerándolo, en principio, como "...el agente pastoral que, poseyendo una madurez humana y cristiana básicas y una cierta competencia pastoral, en nombre de la comunidad eclesial a la que pertenece, y enviado por el Obispo o sus delegados, promueve y guía un itinerario, orgánico y progresivo, de formación cristiana, para un determinado grupo de destinatarios" (19).

A. "proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo" (20).

Buen punto de partida para analizar y bosquejar el quehacer del agente de Pastoral Catequística, es la exhortación de Pablo a su discípulo Timoteo.

(19) SCRAVITO, Lucio. Catequista. In GEVAERT, Joseph. Diccionario de Catequística. Madrid, CSS, 1987, p. 171

(20) 2 Tm 4,2a

Es una esperanza que, el catequista, habrá llegado a asumir un compromiso profundo con el aspecto formativo de la Evangelización, gracias a un haberse encontrado con la interpelación de la Palabra de Dios, asumiéndola como ideal dinámico que se traduce en vida. Así descubre que ella, la Palabra, es capaz de transfigurar toda la existencia humana. De ahí nace la fuerza que lo capacita para proclamar con el testimonio silencioso, mas dicente y la palabra expresada en el "proceso dinámico, gradual y permanente de la educación en la fe" (21).

La actitud de insistir a tiempo y a destiempo, adquiere una conformación compleja, cuando se verifica en una opción de vida, que se va desarrollando en un proceso creciente y totalizante, que tiene su terminal primera en la dimensión existencial de unos destinatarios. Es desde esta perspectiva, como el catequista puede divisar la amplia gama de posibilidades de su misión.

Trataremos, entonces, de discernir y enunciar unas posibilidades -maneras de proyección- sin pretender prefabricar un programa completo y cerrado, sino de ayudar a ver las exigencias, que consideramos, más fundamentales.

1. Responder...

"Dios es el agente propio y principal de la salvación, los demás somos ministros y colaboradores", (22) por lo tanto, la misión del catequista sólo puede considerarse iniciativa en un segundo momento, y, propiamente, es, más que "iniciativa", respuesta a una llamada, que se desprende de la misma vocación cristiana, que es "... por su misma naturaleza,

(21) P 984

(22) MAIMY, P. *Pedagogía Religiosa. Para educadores de la fe, sobre todo en ambiente escolar.* Madrid, Instituto Pontificio San Pío X, 1980, p. 366.

vocación también al apostolado" (22). Específicamente, es respuesta a una llamada a anunciar a Jesucristo, que exige del catequista una actitud de ser puente, instrumento y saber ofrecer una ayuda espléndida a la comunidad cristiana y desde esa misma comunidad (24). Entrega al servicio, en creciente generosidad y eficiencia, (25) al estilo de Cristo, que proclamó el Reino infatigablemente, desvelando el secreto, la promesa y el designio de Dios, cambiando al corazón del hombre y su destino (26). Convertir la vida en continua enseñanza: "La vida entera de Cristo fue una continua enseñanza: su silencio, sus milagros, sus gestos, su oración, su amor al hombre, su predilección por los pequeños y los pobres, la aceptación del sacrificio total en la cruz por la salvación del mundo, su resurrección..."(27). Respuesta de amor que es vínculo de Dios, a la comunidad cristiana y a sus destinatarios en un continuo esfuerzo por crecer en comunidad y ayudar a crecer a otros llevándolos a la madurez humano-cristiana, que él mismo refleja, porque está en camino hacia ella.

La misión del catequista, entendida como respuesta, pide por último, un signo de amor frente a la comunidad naciente de los destinatarios, que consiste en una dedicación sin reservas y sin mirar atrás, que implica la aceptación de las pruebas inherentes a cuantos viven y dan testimonio de Cristo (28); sin embargo, el ser y misión del catequista no se queda reducido al plano de las actitudes que configuran la respuesta; destaquemos sí, que dichas actitudes son fundamentales, sostienen y dan forma a todo el quehacer del agente de Pastoral Catequística, sin las cuales, su labor se reduciría a un plano meramente técnico y vacío de contenido vivencial-tes-

- (23) CONCILIO VATICANO II. Decreto sobre el apostolado de los seglares, "Apostolicam actuositatem". (AA 2)
- (24) GUITERAS I VILANOVA, Joan. Hechos y Palabras. Manual para la formación de los catequistas. Santander, Sal Terrae, 1986. pp. 17 y 19.
- (25) CONCILIO VATICANO II. Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, "GAUDIUM ET SPES". (GS 93)
- (26) PABLO VI. Exhortación Apostólica "Evangelii Nuntiandi". (EN 11)
- (27) CT 9
- (28) Cfr. EN 79.; 2 Tm 3,12; 1 Co 4,9-13; 2 Co 4,7-11

timonial, tan apreciado hoy por una sociedad, que no cree en las palabras de memoria, es decir, sin verificación vital en la existencia del que las transmite y cuyo reto es, además, salir de sí mismo a tomar conciencia de la situación real de sus catequizandos.

2. Conocer...

Una de las urgentes necesidades, de la catequesis actual, la encontramos frente a la realidad que conforma la vida de los catequizados, a la cual muchas veces, se le resta importancia, porque todos tenemos el peligro de creer que sí conocemos, sobre todo, si estamos en un ambiente propio.

Hay procesos de conversión mal entendidos, que pueden llevar a los cristianos que se abocan a un creciente compromiso, a aislarse de manera insensata de la realidad que vive, ya sea su contorno inmediato, o el contorno al que ha sido enviado.

Un catequista no puede eximirse de conocer de una manera, cada vez más profunda, las condiciones culturales de sus destinatarios: familiarizarse con sus tradiciones y descubrir en el complejo humano-cultural las semillas de la Palabra que están llamadas a ser cultivadas y desarrolladas (29); por una acción, por parte del catequista profunda, incisiva y continua; de conocerlos a ellos mismos de manera personalizada, conversar en la abierta actitud dialógica de quien está dispuesto a sensibilizarse respecto a sus intereses y problemas y ayudar a descubrir, con ellos, la voz de Cristo camino (30).

(29) Cfr. CONCILIO VATICANO II. Decreto sobre la Actividad misionera de la Iglesia, "Ad Gentes divinitus" (AG 11)

(30) Cfr. idem.; MAIMY, P. Op.Cit., p. 370

Hemos llegado a lo que podríamos llamar el pre-ámbulo de un proceso de pastoral catequística que quiera responder, de manera adecuada, a la realidad de los destinatarios. Claro, que no hemos pretendido, en ningún momento, referirnos a sofisticadas maneras de conocer la realidad, en forma sistematizada y profunda, que sería más bien responsabilidad de la comunidad eclesial como institución, sino a lo más elemental, que está al alcance de las relaciones personalizantes, de un agente de Pastoral catequística, que no se queda en un simple darse cuenta, sino que, con todo lo que encierra su afectividad, se lanza a participar de la vida de sus destinatarios.

3. Insertarse...

"Dios, en efecto, al revelarse a su pueblo hasta la plena manifestación de sí mismo en el Hijo encarnado, habló según los tipos de cultura de cada época" (31). Dios se manifiesta en plenitud, encarnándose, insertándose, participando del lenguaje, tradiciones, maneras de proceder, cultura de su pueblo y según cada época y circunstancia; he aquí una pauta de la pedagogía de Dios, indispensable para entablar un proceso de educación en la fe, adecuado a las circunstancias de los catequizandos, garantía de una comunicación que será bien captada por los destinatarios.

La inserción no puede limitarse a ser una fría estrategia, ya que no consiste en una publicidad de estímulo-reacción-adhesión-consumo, sino de una dinámica de amor que comunica y ofrece el misterio de la salvación (32), construyendo comunidad, haciendo

(31) GS 58

(32) Cfr AG 10

iglesia. Inserción que exige "el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a las determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió (33). Esto exige del catequista una capacidad de adaptación generosa y, a la vez, crítica, pues su misión es educar en la fe y desarrollar, según los criterios del evangelio, que ayuda a hacer vida, los valores que encierran las formas múltiples y complejas de la vida de sus catequizandos. Es desde allí, como encontramos el espacio para innovar y llegar a sus destinatarios a autocomprender su vida y a trascenderla por la vivencia totalizante de los valores evangélicos.

No es la inserción, por último, una acción unilateral del agente de Pastoral Catequística, sino un proceder conjunto de catequista-catequizandos, de comunidad de catequista-comunidad de catequizandos, que pide de la primera un conocimiento y una confianza en las posibilidades y valores de los educandos en la fe (34); conocimiento y confianza que se convierten en espacio de libertad-responsabilidad para la autogestión y expresión de los destinatarios que van avanzando en su reto de ser cristianos, de ser comunidad eclesial, comunidad de amor y comunión expresada con los hermanos y con Cristo. Crear este espacio depende de la capacidad del agente de pastoral catequística para motivar y ambientar.

4. Motivar-Ambientar...

El catequista es un animador (35) y se anima del crecimiento en la fe que se verifica existencialmente en sus educandos. Es aquí donde hay que detenerse en la calidad humana del agente, que no surge, simplemente, de unas buenas relaciones huma-

(33) Ibid.

(34) Cfr. MAIMY, P. Op. Cit., p. 370

(35) Rm 1,12

nas, sino de su, cada vez más decidada, vivencia del mandato del amor, concretado en el servicio (36), su capacidad para comprender a cada uno según su situación, su amistad sincera y abierta para con todos que se traduce en simpatía, amabilidad, entusiasmo, alegría y optimismo que transmite y contagia; sobre todo, su disponibilidad a la escucha y el diálogo (37) serán los pilares que sostendrán su conciencia de que es alentador de un proceso lento, original y complejo en el que facilitará un clima de relación abierta desde la confianza, autenticidad de todos y libertad (38) que se da cuando los destinatarios se sienten tratados como personas dignas de respeto en su situación, conciencia, convicciones y ritmo particulares; sin sentirse forzados, atropellados o heridos (39), y asumidos en sus valores y capacidades como -co-artífices de su misma educación en la fe y crecimiento en la experiencia comunitaria, que refleja notas, siempre más claras, de Iglesia. Todos se convierten, entonces, en creadores de unidad, base firme, subyacente y concluyente de toda la formación cristiana.

5. Formar...

Ha sido un esfuerzo continuo y múltiple de la Iglesia, a través de toda su historia, el de "Iniciar a los hombres y encaminarlos en el seguimiento del Señor Jesús" (40) y "todos los cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo, y la virtud del Espíritu Santo, por quien han sido fortalecidos con la confirmación, de tal forma que todos los demás, al contemplar sus buenas obras,

(36) Cfr. Jn 13,12-iTs 2,7, 34-35; 15,12-13; 1 Co 13,1-13; 2 Co 5, 14-15

(37) MAIMY, P. Op.Cit., p. 370

(38) MOVILLA, Secundino. Catequesis. In FLORISTAN, Casiano y TAMAYO, Juan-José. Conceptos fundamentales de Pastoral. Madrid, Cristiandad, 1983. p. 140

(39) Cfr. EN 79

(40) MOVILLA, Secundino. Op.Cit., p. 140

glorifiquen al Padre y perciban con mayor plenitud el sentido genuino de la vida humana y el vínculo universal de la unión de los hombres (41).

El aspecto propiamente formativo de la evangelización se desprende ya del mismo testimonio de vida del cristiano y, por ende, del catequista, quien sin esa base testimonial, anunciará a Cristo de una manera vacía, su participación en la educación de la fe será lánguida y perderá la ocasión de hacer una labor verdaderamente fructuosa. Es un desafío definitivo al conducir a otros a Cristo, sobre todo, el hacerlos sin reticencias debido a las dudas o temores; (42) la seguridad del catequista deriva, sin embargo, de haber vivido su propio itinerario de fe, en el evangelizar progresivo de una comunidad, por la que se siente, no sólo apoyado y respaldado, sino enviado; con un buen conocimiento, lo suficientemente claro, del mensaje cristiano que trata de anunciar, educando para vivirlo.

Su misma integración en el grupo de catequistas es ya un espacio de crecimiento comunitario (43), no se trata, pues, de buscar una experiencia artificial y necesariamente anterior a una tarea de catequizar.

Hemos llegado al fundamento de la tarea de formar o educar en la fe, que tiene su concreción en el acompañamiento pedagógico.

6. Acompañar...

Globalmente entendido, el catequista es "compañero de camino -como el peregrino de Emaús- que, a medida que avanza con el grupo le ayuda a descubrir el sentido evangélico de los acontecimientos extraordinarios o a hacer una lectura creyente de las

(41) AG 11

(42) Cfr. EN 74

(43) Cfr. MOVILLA, Secundino. Op.Cit., p. 140

realidades más comunes (44). Es acompañante que con la luz de su testimonio anima, promueve y coordina la reflexión comunitaria de la fe, siendo de esta manera profeta que anuncia la Buena Nueva de Jesucristo, contenida en la Sagrada Escritura, el magisterio y vida testimonial y celebrativa de la Iglesia, y al mismo tiempo, denuncia críticamente todo aquello que contradice el Evangelio y ayuda a encontrar los caminos más adecuados de expresión para la fe que va viviendo la comunidad de catequizandos. Facilita el que aquella expresión tenga como fundamento la creatividad y la originalidad, como también la pluralidad de lenguajes (verbal, simbólico, corporal, etc) (45); hace confluir la gama de experiencia fuerte y ordenadamente en la celebración de donde retomará todo su dinamismo para traducirse en el amor que da la vida por sus amigos (46), haciendo que la comunicación en toda clase de bienes se convierta en signo del amor que se verifica en la comunidad creciente en la fe, y que trasciende sus propios límites, convirtiéndose en amor comprometido y efectivo con los más necesitados (47).

La comunidad de catequizandos, va asumiendo su propia madurez y, por lo tanto, una mayor responsabilidad, que pedirá del catequista, una generosa actitud de hacerse innecesario cuanto antes; consciente de que su tarea de educar, consiste en contribuir a que la comunidad de fe camine, según sus más abiertas y constatables posibilidades, por su propio pie.

La comunidad madura, gracias a que el agente de Pastoral catequística, ha sabido escuchar, dialogar y fomentar la creatividad y la responsabilidad, evitando el paternalismo de siempre querer dar y dirigir, creyendo que no hay más verdad que la suya;

(44) Ibid. p. 139

(45) Ibid. p. 139

(46) Cfr. Jn. 15, 12-13

(47) Cfr. Hch 2,42-47; 4,32-35

es consciente, pues, de que es un enviado y que su mensaje es en nombre de la comunidad y, a la manera de los apóstoles, ha enseñado "en nombre de Jesús" (48).

B. "Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor" (49).

El evangelio de Mateo nos presenta a Jesús tomando conciencia de la situación de la muchedumbre: la vio y sintió compasión. Actitud que constata la realidad dejándose impactar, no con una postura lastimera descomprometida, sino la comprensión e identificación con el sentir de los demás, es decir, ponerse en lugar de ellos y co-sufrir su situación, principio de una acción comprometida y efectiva.

Proceder de Jesús que nos pone ante el nivel de conciencia de la realidad precaria de los destinatarios, que tiene el agente de Pastoral catequística. Ningún nivel de conciencia que lleve a una acción en favor de los demás hombres y menos, en el campo de la Evangelización, puede hacerse sin un marco referencial básico desde el cual se pueda orientar y profundizar la manera de vivir y llevar a cabo una tarea. Marco referencial que es la brújula que siempre ubica, sitúa, reorienta. Son las motivaciones fundamentales que llamaremos **ejes de motivación** que ya cada situación planteará el punto de vista desde el cual se hará funcionar a tales ejes, o mejor dicho, en qué sentido retroalimentarán los resortes motivacionales del Catequista.

Hemos considerado conveniente plasmar, no necesariamente de una manera exhaustiva, tres ejes motivacionales básicos, a saber:

(48) Cfr. Mc 16, 15-20

(49) Mt. 9,36

1. *La vocación del hombre*
2. *El mundo lugar de encuentro*
3. *La referencia total a Dios*

1. *La vocación del hombre*

El catequista, frente a la vocación humana, profesa que "...todo hombre y toda mujer por más insignificantes que parezcan, tienen en sí una nobleza inviolable que ellos mismos y los demás deben respetar y hacer respetar sin condiciones; que toda vida humana merece por sí misma, en cualquier circunstancia, su dignificación..." (50). Es capaz de apreciar concretamente en cada uno de sus destinatarios esta dignidad fundamental y el consiguiente llamado a dignificarse, desde el mismo desarrollo de sus capacidades intelectuales, volitivas, dialogales y, sobre todo, su profunda indigencia que lo constituye en un ser para amar y ser amado. Amor que aparece dinamizado por un proceso de comunicación por medio del diálogo, el cultivo y desarrollo de los sentimientos afectivos, del conocimiento, la donación recíproca, la solidaridad y la comunión (51); pues el hombre sólo se conoce por entero, sin mutilación y desgarró, en tanto se manifiesta en el encuentro con otro hombre (52) y no sólo se conoce, sino que se realiza, es un ser llamado a la participación. Aquí descubre el catequista su propia vocación humana, "necesita vivir y realizarse con los demás; saber trabajar en grupo y enseñar a hacer otro tanto" (53) Se hace conciente de su llamado a trabajar con todos en la construcción de un mundo más humano, para lo que necesita vivir en estrecha unión con los demás; (54) ya que, como cristiano, a la manera de

(50) P. 317

(51) AA.VV. *El hombre latinoamericano y su mundo*. Bogotá, Nueva América, 1985. p. 48

(52) Cfr. VIDAL, Marciano. *Moral de la Persona*. Madrid, Perpetuo Socorro, 1985., p. 880

(53) MAIMY, P. Op. Cit., p. 371

(54) GS 57 y 62

Pablo ha elegido la opción fundamental de prójimo, "prefiriendo seguir en la tierra para ayudarle a progresar en una fe gozosa, antes que alcanzar a Cristo en una vida dichosa" (55).

Se convierte el catequista así, en concreción del llamado que hace la Constitución Gaudium et Spes: "Quiere el Padre que reconozcamos y amemos efectivamente a Cristo, nuestro hermano, en todo los hombres con la palabra y con las obras, dando así testimonio de la verdad..." (56). Sólo desde el testimonio de la verdad, podrá ser el agente de pastoral catequística colaborador en la formación de la libertad interior, por medio de un amor que haga que sus destinatarios se trasciendan a sí mismos, frente a sus bienes y poderes, frente a su egoísmo, potenciando la capacidad de servir. Libertad interior que es principio y fundamento estrictamente necesario para la liberación, (57) no individualista, mas de cara al mundo que co-protagonizamos.

2. El mundo, lugar de encuentro:

El catequista, consciente de ser hombre llamado a participar en el proceso de libertad en solidaridad fraterna, percibe y convierte sus reales circunstancias en lugar de contacto con Dios y de encuentro edificador con los demás hombres. Frente a las cosas, sabe y promueve su administración en orden al servicio de la humanidad, son patrimonio destinado por Dios a los hombres, para dar contenido a la vivencia de la justicia y la caridad (58), bases de la construcción de la sana convivencia, de la paz.

(55) Cfr. BUHLMANN, Walbert y DE FIORES, Stefano. Apostolado. In DE FIORES, Stefano y GOFFI, Tullo. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Madrid, Paulinas, 1983. p. 75 (Flp 1,23-24)

(56) GS 93

(57) PABLO VI. Carta apostólica. "octogésima Adveniens" (OA 45)

(58) Cfr. GS 69

Está convencido de la capacidad de cambio, de conversión del hombre y sus estructuras; del llamado de la sociedad a una creciente comunión de pensamiento, de bienes y de objetivos que se verifiquen en el bien común. Participa y hace participar de los valores culturales como instrumentos de comunicación interhumana, y concibe la técnica, no como sustitutiva de la proyección del hombre, sino como servicio en orden a abrir cada vez más amplios ámbitos de espacio y tiempo, para la realización intersubjetiva-comunitaria del hombre.

Y de cara al mal, que hace ambigua y autodestructora la vida humana, cree que el hombre transfigurado por Dios es capaz de vencer el mal a fuerza de bien (59). Se sabe, finalmente, sujeto partícipe y creativo del plan de Dios (60), lo que redimensiona sus propias limitaciones, al concebirse como miembro activo de la comunidad de los hijos de Dios.

3. La Referencia total a Dios

La opción del agente de pastoral catequística está arraigada, tiene su sostén y culmen en Dios, máximo horizonte de su marco referencial, para dirigirse, en actitud de servicio formador, a sus destinatarios.

La fe es ese lazo íntimo por el cual se une a Dios y se dirige a los hombres, pues "solamente con la luz de la fe y con la meditación de la Palabra divina es posible reconocer siempre y en todo lugar a Dios, en quien vivimos, nos movemos y existimos; buscar su voluntad en todos los acontecimientos, contemplar a Cristo en todos los hombres, próximos o extraños..." (61).

(59) Cfr. Rm 12,21

(60) Cfr. Ef 1,9-10

(61) Cfr. Hch 17,28; AA 4

El catequista, como cristiano que vive apostólicamente, se inserta en el dinamismo del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo que le evita encerrarse en su propio yo, pues, el amor del Padre, lo lleva a tomar conciencia del mundo por salvar; amplía su horizonte en cuanto resuena en él el mandato del Hijo, "Id por todo el mundo" y, finalmente, siendo Templo del Espíritu Santo supera la indiferencia ante sus hermanos destinatarios, pues está movido por la fuerza que lo proyecta, hasta los confines de la tierra (62).

Esta inserción en Dios Trinidad, se verifica en la inteligencia de la Palabra, que es encuentro con Cristo y en hacer operante la nueva configuración dada por el Espíritu, que lo redimensiona, marca, conforma y proyecta en el servicio educador de la fe, la cual transmite, como misterio que ofrece "valiosos estímulos y ayudas para cumplir con más intensidad" (63) la misión del hombre en el mundo. Por eso, tiene claro el papel mesiánico de Cristo, respuesta definitiva a la construcción de la dignidad humana, ideal dinámico que mueve al hombre a la búsqueda y plena manifestación de su ser y misión.

El agente de Pastoral catequística posee una fe que confiesa, en primera persona del plural: CREAMOS y, desde ese "creemos", lo ve, lo juzga y lo hace todo y, en interacción con los demás, crece y se perfecciona en el servicio activo de la Iglesia (64). Descubre con ella, además, las perspectivas de prioridad en el proceso de interrelación humana al que educa desde la fe para "cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación... así como el poder cultivar el sentido religioso moral y social" (65).

(62) Cfr. BUHLMANN, Walbert y DE FIORES, Stefano. Op.Cit., p. 81

(63) GS 57

(64) AA 29

(65) GS 59

Finalmente, el catequista concreta su referencia a Dios en el espacio-tiempo litúrgico que actualiza el misterio de Cristo, pues "solamente en íntima comunión con El... encontrará luz y fuerza" (66) y podrá hacer siempre un nuevo acto de fe, en la presencia liberadora de Dios en el mundo.

C. "Somos pues embajadores de cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros" (67)

Pablo exhorta a la comunidad cristiana de Corinto, a aceptar y no dejar pasar la oportunidad de su testimonio, al cual define, como exhortación de Dios. De Dios arranca la médula de la más profunda y definida identidad del agente de Pastoral catequística, pues Dios es el máximo y primordial testimonio de la fe, ya que El da testimonio de sí mismo y llama a los hombres a adherirse a El por la fe. El testimonio de Dios tiene su máxima plenitud en Cristo. Así Dios habla a los hombres haciéndose Hombre.

Los doce fueron llamados y capacitados por el Espíritu Santo para dar testimonio y formar el puente de unión entre Cristo y la Iglesia; unión entre Cristo y la Iglesia, donde continúa viviendo, en su predicación constante, el testimonio de Dios. La Iglesia es pues, el ámbito institucional-comunitario del Testimonio y en este ámbito participa el catequista por medio de la misión que ha recibido de ella. Misión que, por estar dirigida a un ambiente donde impera la ausencia de Dios, exige del catequista una entrega personal que sea irradiación de su fe (68).

La capacidad para dar testimonio, es decir, para irradiar la fe, implica que el catequista sea, ante todo, una persona madura, que se acepta sin complejos, reconociendo sus limitaciones, como también

(66) CT 9

(67) 2 Co 5,20

(68) FEIFEL, Erich. El Problema Pedagógico de la Incredulidad. Barcelona, Herder 1970. pp. 112-115

sus aptitudes para comunicarse y establecer relaciones humanas positivas, que se traducen en solidaridad y apertura con la gente concreta de su entorno. Porque está ofreciendo algo, que forma parte de su propia vida (69), necesita contacto con la vida, su vida y la de los demás (70); he aquí el porque del nexo de evangelización y testimonio de vida que es el signo más cercano de credibilidad por su dimensión existencial.

El catequista es pues un servidor del dinamismo de la fe, ya que es animador del proceso de conversión y crecimiento permanente y progresivo en la fe, es decir no se queda en una simple transmisión de ideas, sino de un conjunto de valores evangélicos destinados a dar sentido a la vida y, sólo con su testimonio, verificará ante los demás, la posibilidad de realizar existencialmente, los valores que comunica (71). Cristo, el testigo fiel (72), sigue asistiendo con su Espíritu y haciendo renovar su voz "seréis mis testigos" (73).

El catequista es consciente, de que su testimonio, no es una realidad cerrada y terminada, sino abierta a las más amplias posibilidades de perfección que desembocan en la plenitud de los tiempos, cuando cara a cara con Cristo, se realice la coherencia evangélica total (74); de ahí la esperanza con que desempeña su misión de "dar Testimonio de la luz" (75).

(69) MOVILLA, Secundino. Op.Cit., pp. 138-139

(70) MAIMY, P. Op.Cit., p. 369

(71) Cfr. GRASSO, D. Teología de la Predicación. Salamanca, Sígueme, 1986. pp 83, 256; MOVILLA, Secundino. Op.Cit. p. 140; p. 998

(72) Cfr. Ap 1,5; 3,14

(73) Cfr. Hch 1,8

(74) Cfr. 1 Jn 3,2

(75) Jn 1, 8b

D. *"La ansiosa espera de
la creación desea vivamente
la revelación de
los hijos de Dios" (76).*

La obra de Cristo continúa su curso en la historia, hacia la plenitud, y la Iglesia desempeña su misión evangelizadora, buscando hacer vida el Evangelio, en cada uno de sus miembros, haciendo así más visible su calidad de "signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (77) y camina en la Esperanza de la plenitud en Cristo.

El Agente de Pastoral catequística, participa y hace vida la misión de la Iglesia y hace suya también, por ende, esta Esperanza, la cual nace de la certeza y la confianza que infunde la fe, que se verifica en la caridad... (78). En el ámbito del catequista, esta fe se concreta en una confianza: "No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo" (79). Ciertamente, el Espíritu es el principio y, el término de todo lo que implica evangelizar, más aún, cuando se trata de hacer vida el evangelio a través de la catequesis. Es el impulso del catequista y es a la vez quien hace asimilar la Palabra en los destinatarios. Es la garantía de la formación del hombre nuevo y de la humanidad nueva que se gesta desde la comunidad cristiana bajo los criterios del Evangelio (80).

(76) Rm 8,19

(77) CONCILIO VATICANO II. Constitución Dogmática sobre la Iglesia, "Lumen Gentium" (LG 11)

(78) Cfr. Ga 5, 6b

(79) EN 75

(80) Idem

Concluimos, por ahora nuestra reflexión, reiterando que no hemos querido dar una definición cerrada del catequista, ni siquiera plantear su deber ser, sino aportar unas coordenadas que lo ayuden a ubicar y personalizar su misión, dentro del marco de una formación permanente, que le permita siempre actualizarse, evaluando su misión, renovando sus motivaciones, replanteándose su vida cristiana a la luz de la Palabra, de las orientaciones del Magisterio eclesial y de las múltiples exigencias que surgen de la misma naturaleza de su misión, de la comunidad cristiana en la que madura y de sus destinatarios en situación.

Quedan, no lo dudamos, muchos tópicos por profundizar, tales como su dimensión eclesial, metodológico-pedagógicos y situaciones de frente a las características particulares de sus destinatarios y otros que se vayan descubriendo en el camino de nuestro discernir pastoral, que apenas, nos hemos atrevido a insinuar, pero siempre en búsqueda de propiciar una "formación esmerada" (81) a los Testigos de la luz.

(81) CT 71